



Seix Barral Biblioteca Breve

Gioconda Belli

El pergamino de la seducción

Capítulo 1

Manuel dijo que me narraría la vida de Juana de Castilla y su locura de amor por su marido Felipe el Hermoso, si yo aceptaba ciertas condiciones. Era profesor de la Universidad Complutense. Su especialidad era el Renacimiento español. Yo aún estudiaba en la escuela secundaria. Tenía diecisiete años y desde los trece, desde la muerte de mis padres en un accidente aéreo, estaba interna en un colegio de monjas en Madrid, lejos de mi pequeña patria latinoamericana.

La voz de Manuel dejaba dentro de mí un rastro denso. Era una marejada en la que flotaban rostros, muebles, cortinajes, los abalorios y rituales de tiempos perdidos.

—¿Qué condiciones? —pregunté.

—Quiero que levantes con tu imaginación los escenarios que te describiré, que los veas y te veas en ellos, que te sientas como Juana por unas horas. No te será fácil al principio, pero un mundo construido con palabras puede llegar a ser tan real como el haz de luz que ilumina tus manos en este momento. Está científicamente comprobado que el cerebro tiene una similar reacción cuando vemos una vela encendida con los ojos abiertos, que cuando la imaginamos con los ojos cerrados. Podemos *ver* con nuestra mente y no sólo con los sentidos. Dentro del mundo que evocaré, si aceptas mi propuesta,

tú personificarás a Juana. Yo conozco los hechos, las fechas. Puedo situarte en ese tiempo, en los olores, colores y entornos de entonces. Pero en mi narración (porque soy hombre y, peor aún, historiador racional y puntilloso) faltará (siempre me falta) lo interior. No puedo, por más que trate, imaginar lo que sentiría Juana a los dieciséis años viajando en la nave capitana de una armada, compuesta por ciento treinta y dos embarcaciones, a casarse con Felipe el Hermoso.

—Dices que no lo conocía.

—Nunca lo había visto. Ella desembarcó en Flandes, acompañada por cinco mil hombres y dos mil damas de la corte, para encontrarse con que el prometido no la esperaba en el puerto. No puedo imaginar qué sentiría. Tampoco puedo acercarme a su intimidad en el momento en que al fin se encontró con Felipe en el monasterio de Lierre y ambos se enamoraron tan furiosa, tan súbita y rotundamente que pidieron que esa misma noche les casaran para consumir un matrimonio concertado por razones de Estado.

¿Cuántas veces habría hecho Manuel referencia a ese encuentro? Le daría gusto quizás ver cómo yo me sonrojaba. Sonreí para disimular. Aunque hubiera pasado mis últimos años en el convento, rodeada de monjas, podía imaginar la escena. Para mí no era difícil suponer lo que sentiría Juana.

—Veo que me vas entendiendo. —Sonrió Manuel—. No puedo quitarme de encima la imagen de esa joven, una de las princesas más cultas del Renacimiento que, tras heredar el trono de España, terminó, a los veintinueve años, confinada en un viejo palacio hasta su muerte cuarenta y siete años después. La educó Beatriz

Galindo «la Latina», una de las filósofas más brillantes de ese tiempo, ¿sabes?

—Triste pensar que Juana enloqueciera de celos.

—Eso dijeron. Ése es uno de los misterios que tú podrías ayudarme a desentrañar.

—No veo cómo.

—Pensando como ella, poniéndote en su lugar. Quiero que dejes que esta historia te inunde la conciencia. Tú tienes casi la misma edad. También a ti te tocó dejar tu país y quedarte sola muy joven.

Mis abuelos me depositaron en el internado regentado por monjas en Madrid un día de septiembre de 1963. Aunque el edificio de piedra era severo y lúgubre —la fachada de altas paredes sin ventanas, la puerta majestuosa con el escudo antiguo sobre el dintel— su sobriedad calzó perfectamente con mi estado de ánimo de entonces. Crucé el zaguán recubierto de azulejos hasta la puerta más pequeña de la recepción, sintiendo que dejaba atrás los ruidos de un mundo que en nada acusó la catástrofe que de golpe puso fin a mi niñez. Ni el día ni la noche, ni el paisaje o el trajín de las ciudades, lograron registrar mi tristeza como la quietud de aquel convento en cuyo centro un pino solitario extendía su sombra sobre un mínimo jardín interior que nadie visitaba. Durante cuatro años había vivido dócil y callada en el internado. Si bien mis compañeras eran amables conmigo, mantenían una distancia prudente, influidas, creo, por la tragedia bajo cuya sombra yo había aparecido entre ellas. Las buenas intenciones de las monjas seguramente contribuyeron a mi aislamiento. Insistirían en pedirles que fueran delicadas y compasivas conmigo, que se cuidaran de no removerme las heridas o hacer que me

entristeciera. Hasta preferían no hablar de sus vacaciones familiares, o su vida de hogar delante de mí. Pensarían que hablarme de sus padres haría que yo extrañara a los míos. Semejantes restricciones, unidas a mi carácter más bien introvertido y a que, inicialmente al menos, yo tampoco tuve ni la menor disposición a abordar el asunto de mi repentina orfandad, limitaron drásticamente mis posibilidades de hacerme de amigas íntimas. A eso se sumaron mis altas calificaciones, que dieron pie a que las monjas me tomaran como un caso ejemplar de triunfo frente a la adversidad, sin reparar en que esto ahondaría el foso que me separaba de las demás.

—Para serte franca, no me queda claro cuál es el papel que esperas que desempeñe. Por supuesto que puedo especular sobre lo que sentiría Juana; pero hay una gran distancia entre ella y yo. Siglos. Somos producto de dos tiempos distintos. No veo cómo, de mis reacciones, podrías deducir las de ella.

¿Qué cambiaba realmente cuando de sentimientos se trataba?, me dijo. Yo podía leer a Shakespeare, Lope de Vega, la poesía de Góngora, de Garcilaso, los libros de caballería y conmovirme con ellos. Pasaba el tiempo y cambiaban los entornos, pero la esencia de las pasiones, de las emociones, de las relaciones humanas era sorprendentemente uniforme.

—Puedes hacer esto que te pido como una obra de arte, un teatro de la historia. ¿Qué hacen los novelistas, por ejemplo, sino acumular información y luego situarse imaginariamente en el espíritu de quienes protagonizaron tal o cual hecho histórico? La literatura, la pintura, hasta la música, no son más que intentos individuales

de volver a capturar sensaciones y épocas perdidas. Y hay correspondencias que se producen y sintonías que se alcanzan que no son explicables racionalmente. Uno lee las descripciones del proceso creativo que hacen los mismos creadores e inevitablemente se encuentra con pasajes donde describen el misterio de ser «poseídos» por sus personajes, o por algo que no logran explicar. Hay quienes comparan la inspiración con la actividad de los médiums y afirman que cuando escriben sienten como si estuvieran tomando dictado, o asistiendo a visiones que sólo tienen que consignar en el papel. Existen los clásicos porque esencialmente seguimos inmersos en los mismos dramas, reviviendo las mismas historias. Tú pensarás más libremente en el amor porque a ti nadie te obligará a casarte por razones de Estado, pero en el momento de enamorarte, en la manera en que experimentarás esa atracción, no serás muy diferente de Juana. Digamos, si quieres, que tú te acercarás más a sentir lo que sintió ella de lo que yo me podría acercar.

—Eres muy persuasivo —sonreí—, pero hablas como si intentases convencerme de abordar una máquina del tiempo. Después de todo, sólo me contarás una historia. Si lo haces bien, no me costará nada entrar en ella. La imaginación se me desboca a menudo. Al menos puedo intentarlo.

—No se trata sólo de mí, ¿sabes? Tú también tienes misterios muy relacionados con éste que quisieras se te revelaran. El asunto de los celos, por ejemplo, lo entenderías mejor.

En pocos meses, Manuel había llegado a saber mucho de mí. Lo conocí durante la primavera, en el último viaje de mis abuelos a Madrid. Recordaba bien que ese

día yo llevaba un traje chaqueta de paño inglés y un pañuelo Hermès, regalo de mi abuela, al cuello. Me paseaba por el vestíbulo del Hotel Palace mientras esperaba que ellos bajaran de la habitación cuando lo vi. Parecía un personaje de otro tiempo. Tenía el pelo completamente blanco. A esto se añadía una piel muy clara, casi traslúcida, cejas gruesas oscuras, ojos azules y unos labios que, por contraste, lucían muy encarnados. Estaba hundido con la pierna cruzada en uno de los sillones forrados de damasco bajo la cúpula *art nouveau* del recibidor, fumando displicente. Además de su peculiar colorido, me llamó la atención la fruición con que aspiraba el humo del cigarrillo. Me dijo más tarde que él también se fijó en mí pues no era usual en Madrid encontrarse mujeres jóvenes con la piel morena de los trópicos y la estatura de las nórdicas. No era la primera persona que hacía el comentario. Yo sabía que era llamativa gracias a mi metro setenta y cinco, aunque más bien me consideraba desgarbada, un poco jirafa. Hasta tenía los ojos grandes y la mirada melosa y esquiva de esos animales.

Cuando me senté en otra de las poltronas del vestíbulo, me sonrió con la mirada de entendimiento que se cruzan las personas que aguardan impacientes en andenes de tren o aeropuertos. Finalmente mi abuela salió del ascensor y detrás de ella, mi abuelo. Él era un hombre guapo, a sus setenta y tantos años, parapetado tras una inmovible seguridad en sí mismo. Caminaba ligeramente inclinado como si quisiera aminorar la diferencia de tamaño entre él y su esposa. Mi abuela era menuda y siempre caminaba erguida, con una elegancia aprendida, sin naturalidad, que quienes no la conocían interpretaban como arrogancia. Llevaba un traje beige,

el pelo arreglado en la peluquería. Su rostro se suavizó al reconocermé. Mi abuelo me tomó por los hombros y me examinó antes de darme un beso. Era un gesto muy suyo aquél, pero a mí me dio la impresión de que evaluaba si ya sería tiempo de dejar de ocuparse de mí.

Después de que mis abuelos me abrazaron, Manuel se acercó para presentarse. Era el guía privado enviado por la agencia para que nos acompañase a la visita a El Escorial. Llevaba un impermeable inglés azul marino y una bufanda escocesa y recuerdo que noté la marca de los cigarrillos que fumaba: Ducados. Nos escoltó a su coche, un Seat negro, muy pulcro. Durante el viaje, mis abuelos intercambiaron con él comparaciones entre la dictadura de Franco y la que sufríamos en nuestro país. Cuando se dedicaron a mirar el paisaje, Manuel aprovechó que iba sentada a su lado para hacerme preguntas sobre las materias que prefería, mi impresión de Madrid, si tenía muchos amigos. Fue en esa conversación donde me enteré de que era profesor y que hacía una investigación sobre Juana la Loca y Felipe el Hermoso. Me preguntó si sabía algo de esos personajes. Muy poco, dije. ¿No era Juana acaso la reina que enloqueció de amor? Eso decía la leyenda, dijo, con resignación. La verdadera historia se prestaba a otras interpretaciones, pero a pocos les interesaba profundizar en ella. Juana era la madre del emperador Carlos I de España y V de Alemania, del que se decía que en sus imperios nunca se ponía el sol. Por ende, era la abuela de Felipe II, el rey que mandara construir el monasterio de El Escorial que íbamos a visitar.

La verdad es que a mí tantos reyes y reinas se me confundían, le dije. Rio. Juana era especial, afirmó, muy especial.

—Te le pareces. Era morena, con el pelo negro, como tú —me dijo—. Jamás me encontré otra persona que se le pareciese tanto.

Calculé que Manuel tendría cerca de cuarenta años. Me dijo que él también había quedado huérfano muy joven. Su única familia era una hermana de su madre: Águeda. Aunque nos hizo a los abuelos y a mí de guía privado (y fantásticamente erudito), resultó que ése no era su oficio. Quien debía acompañarnos tuvo un contratiempo, explicó, y él le hizo el favor de sustituirlo porque eran amigos.

Yo había estado en El Escorial recién llegada a España, con un guía turístico que nos paseó a toda velocidad por los salones. Fue muy distinta la experiencia de recorrer el monasterio con un profesor de historia que no sólo conocía el período de Felipe II y sus ancestros en profundidad, sino que se transportaba y nos transportaba a la época con la vehemencia de sus gestos y el timbre grave, envolvente, de su voz llena de inflexiones. La erudición de Manuel era incluso conmovedora. Pensé que sufría por tener que conformarse con imaginar la vida en los siglos XV y XVI. Mirándolo frente al retrato de Felipe el Hermoso, en el nimbo de luz de la ventana, tuve incluso la inquietante impresión de que se le parecía físicamente. Fue junto a la pintura cuando narró el primer encuentro de Juana y Felipe. Habló como si hubiese sido testigo del amor inmediato e incontenible que los motivó a consumir el matrimonio esa misma noche. Algo notaría mi abuela, porque lo interrumpió para preguntarle sobre la silla de mano que se exhibía cerca del retrato. Él explicó que era la misma en que Felipe II, enfermo, hizo su último viaje de Madrid al monasterio.

Manuel nos habló entonces de las enfermedades de Felipe, la gota que lo aquejaba, de sus devociones religiosas, sus cuatro esposas de las que enviudara sucesivamente. El rey se flagelaba, dijo, se ponía coronas de espinas. Hacía el amor a sus esposas a través de una sábana donde sólo existía el agujero imprescindible para asegurar la procreación. Ponía a las reinas a rezar el rosario mientras copulaban. Imploraba el perdón del Altísimo por cualquier sentimiento de placer que pudiera colarse en medio del lino y la oscuridad. (Mi abuela miraba al suelo, mi abuelo a mí, como disculpándose por la falta de autocensura del guía frente a una joven como yo, pero el profesor estaba en lo suyo, arrastrado por la pasión de su relato.)

Antes de despedirse para seguir hasta Londres, mi abuela me entregó un cúmulo de viejos papeles que yo le había pedido, provenientes del secreter de mi madre. Cuando mis padres murieron, yo acompañé a Mariíta, nuestra vieja doméstica, a desalojar nuestra casa. A pesar de sus ruegos de que la dejara hacerlo sola, mi hijita, de que no me expusiera a ese dolor, yo insistí en estar allí, junto con las domésticas prestadas de las casas de mis tíos. Estuve presente cuando se vaciaron los clósets, los estantes con libros, los muebles de la cocina, las gavetas de los escritorios, las mesas de noche. Las vidas de las personas están llenas de papeles y yo insistí en guardar los que fuimos encontrando por la casa. «Tu abuelo ya se llevó los seguros de vida, las escrituras. Nada me dijo del resto de papeles. No soy yo quien te va a contrariar si quieres guardarlos para cuando estés más grande», asintió la Mariíta. Y es que pude ver la ropa, los zapatos, cinturones y pañuelos y decidir qué podría yo usar alguna vez y qué poner en cajas para llevar a las monjas de la

Caridad, pero no pude mirar por un instante la caligrafía nítida y puntiaguda de mi madre o la cursiva de mi padre, sin que me ahogara el llanto y la pesadumbre. Casi cinco años después creí estar preparada para hacerlo. Leí los papeles aquellos en el internado, en el dormitorio silencioso en el que yo ocupaba una pequeña habitación con una cama de hierro, un ropero, un lavabo, una silla y una alta ventana desde la que divisaba los árboles del jardín, sus hojas nuevas refulgentes en el aire de la primavera. Los primeros años interna dormí en un gran salón con un pasillo al medio y cubículos a ambos lados, separados por paredes bajas y cerrados por cortinas blancas y almidonadas. Una monja nos despertaba a las siete de la mañana, invierno y verano, dando palmas. A los pocos minutos, pasaba de cubículo en cubículo descorriendo bruscamente las cortinas para cerciorarse de que estábamos ya fuera de la cama y frente al pequeño lavabo. Era una táctica de campamento que nunca dejó de perturbarme. Afortunadamente, desde el año anterior, me habían trasladado a la pequeña habitación privada en el dormitorio de las mayores. Fue como cambiarme de una pensión a un hotel de cinco estrellas. Como padecía de insomnio y en atención a mis trágicas circunstancias, madre Luisa Magdalena, responsable del dormitorio y también de la enfermería, me concedió el derecho de dejar la luz encendida por las noches hasta lograr conciliar el sueño.

Tenía las manos frías cuando, en pijama, sentada sobre la cama, con una colcha abrigándome las piernas, abrí el paquete. Apenas podía contener la agitación que experimentaba al acercarme de nuevo al tajo que dividía mi vida en un antes y un después. Saqué cinco sobres de papel manila y unos cuantos libros. Sonreí al ver

uno de ellos: *La sexualidad humana*, por la doctora Stella Cerutti. Eran libros que mi mamá guardaba bajo llave para que no cayeran en mis manos. Me pareció oírla: «Ya te llegará el momento, todavía estás muy pequeña.» Ignoraba si alguna vez se habría percatado de que introduciendo un cuchillo por la ranura yo abría la cerradura de su secreter. Así leí *Un mundo feliz*, de Huxley, y también ese libro sobre sexualidad, ilustrado con dibujos en blanco y negro de los genitales femeninos y masculinos expuestos en un corte transversal. Por el temor a que mi madre me descubriera con ese libro en particular —que me parecía una transgresión mayor que el de Huxley— sólo atiné a leer la sección del coito. En ese tiempo me moría por saber qué era lo que se hacía en la famosa «noche de bodas», materia de múltiples especulaciones entre mis amigas. Mi propio cuerpo me había indicado que algo se haría con el lugar al que mi madre se refería como *allí*. «No te toques *allí*. Lavate bien *allí*.» Yo estaba segura de que la actividad secreta entre hombre y mujer que nunca se mencionaba explícitamente, pero que se sobreentendía cuando se hablaba de «acostarse con un hombre» y todo eso, implicaba que las parejas se juntaran por la entrepierna. Lo que no lograba visualizar en ese tiempo era la complicada maroma que suponía debía realizarse para lograr esto. Ignoraba la mecánica de erección del pene y entonces la única manera en que podía imaginarlo era con la mujer o el hombre yaciendo de costado, deslizándose hasta acercarse con las piernas abiertas en ángulo para el beso genital que, forzosamente, impediría cualquier acercamiento de los rostros. Una pirueta, en fin, extremadamente incómoda y desagradable que difícilmente podría tener atractivo romántico y cuyas posibilidades intenté com-

prender, dibujando hombres y mujeres desnudos en mi cuaderno. Por supuesto que cuando leí que el pene se cargaba de sangre inflándose como un neumático y penetraba en la vagina rompiendo el himen, tampoco eso me pareció placentero. Era más lógico, sin embargo, y explicaba la posición horizontal en que, normalmente, se mostraban las parejas desnudas. Me reí viendo ese libro, recordando mi ignorancia de niña ingenua.

Vací uno por uno los sobres de manila sobre la cama y fui separando los que se relacionaban con el trajín cotidiano: recibos de lavandería y otros servicios, de las cartas, notas y anotaciones. Entre recibos de suscripciones, invitaciones a cumpleaños de mis amigas, números de teléfono anotados en tarjetas blancas y fotos mías de infancia, vi una tarjeta postal enviada desde Italia por Isis, la amiga colombiana de mamá que vivía en Nueva York. El tono me llamó la atención: «Tendrías que haber venido conmigo. Te habría hecho tanto bien.» Durante los funerales de mis padres, Isis no se apartó de mi lado. Nadie de la familia lloró tanto como ella. No paraba de sacudir la cabeza, de culparse por insistir en que mi mamá fuera a visitarla a Nueva York. «Pero quién me iba a decir que el avión tendría ese percance, Lucía, cuánto lo siento.» Isis quiso hacerse cargo de mí. Sólo tenía una hija. Dijo que yo podría asistir a la escuela de señoritas en Nueva York, seguir mis estudios luego en la Universidad de Columbia. Trataría de educarme como sabía le habría gustado a mi madre. Yo quería a Isis. Desde niña me habitué a llamarla tía y a verla instalarse en la habitación de huéspedes cuando pasaba semanas de visita en nuestra casa. Pero mis abuelos tenían otros planes. Le agradecieron cortésmente su ofrecimiento pero no lo aceptaron. Ya habían discutido entre ellos lo

de enviarme a España. Consideraban que Estados Unidos no era el mejor lugar para una adolescente. Era una sociedad muy liberal y no compartían sus valores, que consideraban excesivamente materialistas. Isis se dio cuenta de que de nada le valdría insistir. Cuando fui a despedirla al aeropuerto, me pidió que la llamara cuando quisiera. Quizás mis abuelos me permitirían al menos pasar las vacaciones con ella. Y cuando cumpliera dieciocho años y terminara el bachillerato me correspondería a mí decidir qué hacer con mi vida, dijo. Entonces probablemente mis abuelos no se podrían oponer, si es que yo optaba por la universidad en Nueva York. Cuando me abrumaba la nostalgia por vivir en un hogar, recordaba su ofrecimiento, pero carecía del ímpetu para desafiar a mis abuelos. Habría requerido de mí una motivación superior a la ilusión de volver a sentirme hija en una casa de familia, algo que, después de todo, no dejaría de ser un espejismo. Encontré un grueso manojo de cartas cruzadas entre mi madre e Isis, cartas de mi abuelo materno, tarjetas de fichas escritas con fechas y leyendas que no tenían mucho sentido y dos cuadernos de espiral con anotaciones. Los papeles del primer grupo, si bien eran intrascendentes, tuvieron para mí un valor arqueológico en cuanto me permitieron reconstruir la cotidianidad de mi madre y sus oficios de administradora de su casa. Revisándolos me la pude imaginar sentada tras el secreter después de que yo partía al colegio, pagando cuentas, haciendo listas de mandados pendientes, disponiendo las compras y comidas de la semana, la ropa que debía llevarse a la lavandería. Me pareció que allí más que en otras cosas se evidenciaba el corte repentino de su vida, lo que quedara inconcluso, aquellos menesteres realizados mecánica-

mente pero con una noción de continuidad que se traslucía en inocentes anotaciones: decirle al jardinero que fumigue los helechos, llevar el traje de Ernesto al sastre. Leyéndolas me rodaron las lágrimas en silencio. Ya no fue, como al principio, un llanto de desesperación, con sollozos, sin consuelo. Fueron unas lágrimas tristes, viejas. La letra de mi madre adquirió una incorporeidad extraña, de manuscrito antiguo, como la pintura de un maestro vista en un museo, el tiempo del autor tan lejano al del objeto que lo sobrevive que es difícil imaginar su mano empuñando el pincel.

Luego leí las cartas de Isis, los apuntes de los cuadernos. Desde que me topé con la primera frase indicando los problemas que angustiaban a mi mamá, la boca se me secó. Tuve la tentación de detenerme, pero la curiosidad ganó la partida. Entré de lleno en el drama que las cartas, y el sinnúmero de fichas blancas, me permitieron reconstruir. En las cartas, Isis reaccionaba inicialmente escéptica e incrédula a la carta que mi madre debió escribirle contándole de una serie de llamadas anónimas —voz de mujer— que había recibido y en las que le daban detalles sobre la infidelidad de mi padre. ¿Cómo iba a perder su tiempo con personas como ésas?, le respondía Isis, pero en las cartas siguientes la consolaba porque aparentemente mi madre ahora tenía certezas, e Isis hablaba de «las pruebas» y le rogaba que se asegurara de que fueran ciertas, que se podían hacer falsificaciones, la maldad de las personas envidiosas era legendaria. Tras esto había cartas, en fechas muy seguidas, rogándole a mi madre mesura, calma, que pensara que ella era una mujer extraordinaria, que no cayera en esas inseguridades, que confrontara a mi padre. Y luego Isis comentaba el

trabajo detectivesco en que mi madre se había hundido obsesivamente y cuyos resultados veía ahora yo: anotaciones de fechas, lugares, cosas que ella le sacaría de las bolsas, palabras que él le decía y que estaban en el cuaderno mezcladas con frases dolientes que mi madre se escribía a sí misma: a media página, la pregunta «¿qué me pasa, Dios mío?», «me estoy volviendo loca». La palabra «loca» escrita muchas veces en los márgenes, junto al nombre «Ernesto», las «o» repintadas y vueltas a repintar con lápiz de grafito. Isis insistiendo en que se olvidara de eso. Sería algo pasajero. A muchos hombres les sucedía. No significaba que Ernesto no la quisiera. Tenía que calmarse, dejarlo pasar. Y más adelante la idea del viaje, de llevarlo a otra ciudad, volver a enamorarlo. Mi madre había visto a la mujer. Joven. Bonita. Tú también eres linda, le decía Isis, siempre fuiste atractiva. Y más notas: «E. regresó a las 11 p.m. Me abrazó. No pude. No pude. Lo odio. ¿Cómo ha podido hacerme esto?» Isis insiste en el viaje. Las cartas se espacian. Se queja de que mi madre no le escribe. «Celia, por favor, me has dejado en una angustia tremenda. Si no te decides a venir, me voy yo a verte. Escríbeme, por favor.»

No dormí nada. Temprano, madre Luisa Magdalena llegó a tocarme la puerta. Me vio en tal estado que al poco rato regresó con un tazón de chocolate con pan que hizo que tomara mientras ella se sentaba a mi lado en la cama, recogiendo su hábito morado y mirando con curiosidad los manojos de papeles que estaban acomodados en pequeños montones en el suelo. «Son cartas y cosas de mi madre.» «Ah», respondió. Preguntó si no me parecía mejor dejar que mi madre descansara en paz, no hurgar en cosas que ella no habría querido dar-